

# **CRONICA DEL CLAUSTRO**

## **EL DÍA DE LA UNIVERSIDAD**

Al igual que en los años anteriores, fue todo un éxito la celebración del día de la Universidad Católica, el domingo 26 de setiembre pasado, conmemorando el XX aniversario de su fundación.

A las ocho y media de la mañana se ofició una misa en el Templo de la Recoleta, en la cual, las autoridades universitarias, los catedráticos y numerosos alumnos de las diferentes facultades e institutos de la Universidad se acercaron a la Santa Mesa. Pasado el Evangelio, el R. P. Carlos Terán Centeno, leyó desde el púlpito el discurso que a continuación insertamos:

## **LA UNIVERSIDAD LAICIZADA**

### **BANCARROTA DE LA CIENCIA ATEA**

Et beatus est quicumque non fuerit scandalizatus in me: Y bienaventurado es quienquiera que no se escandalizare en mí.

San Lucas —Cap. VII, v. 23.

Señor Rector de la Universidad Católica del Perú;

Señores Decanos de las Facultades de Ciencias Políticas y Económicas; de Letras y de Ingeniería; Rdo. Hno. Director de la Escuela de Pedagogía; Señores Profesores y Señores alumnos; Señoras y Caballeros:

Triunfador en cien batallas de la ciencia, las artes y el progreso, el hombre contemporáneo corre peligro de envanecerse hasta el delirio de figurarse dios. Un heraldo debería repetirle como a los vencedores de las apoteosis romanas: "¡Acuérdate que eres hombre!"

Ha atravesado de un extremo a otro los continentes y los mares. Al empuje de su audacia se han retirado las fronteras del orbe. Los abismos le han revelado su secreto y el pretérito ha surgido del fondo de las ruinas y las tumbas a relatar la vida de las civilizaciones desaparecidas. Y cual si el mundo viniera estrecho al conquistador de los más remotos espacios, el hombre contemporáneo escaló la altura y siguió la ruta de los vientos y la lumbre. Las máquinas gigantescas ruedan por donde el carro del sol rodaba en los siglos de la fábula, arrastrado por corceles de fuego menos veloces que los aviones que disputan a las águilas y los cóndores el dominio de la inmensidad azul. El mito está vencido y superado. Los laboratorios de la física y la química, que fabrican los rayos de la guerra y que tratan de inventar, que ya inventarán mañana un relámpago de muerte suficiente para reducir a cenizas en un instante la más populosa cosmópolis ¡cómo han dejado para cuento de niños la fragua de Vulcano y los ciclopes del Etna!

Sin embargo, a pesar de esta titánica epopeya, el hombre actual está tomado de inquietud. Se diría que no vive el epinicio de su victoria, sino la elegía de su derrota. Parece que sintiera hastío de su grandeza y nuevo Hamlet, como quien despreciara sus propias obras, lanza ya la confesión de su fracaso: "¡Palabras, palabras, palabras!" ¿Acaso ha encontrado la verdad que es lo único que puede satisfacer su ansia de inmortalidad y de infinito? Descubrió los caminos de la tierra, de los océanos y los astros; pero perdió la senda de sí mismo, la única que le hubiera conducido a la cumbre de la paz. Arrebató el secreto a las edades más antiguas; pero ignora el secreto para detener la edad presente en su loca carrera hacia el abismo. Venció a la naturaleza y la unció al carro de su triunfo; pero el vencedor se ha convertido en esclavo de cualquier déspota, que a título de fraternidad, proletariado y otros cantares de ironía se erige como señor y dueño sobre el derribado trono de los Césares.

¡Cuán digno de piedad el hombre contemporáneo si acaso él mismo no hubiera buscado su castigo! En nombre de la libertad expulsó a Quien dijo: "La verdad os hará libres". En nombre de la luz desterró a Aquel que es la luz del mundo, y he aquí como la tierra se ha cubierto de sombras. Los pontífices de la ciencia, que rasgaron sus vestiduras como Caifás y sus colegas del Sanedrín ante el escándalo del Maestro Divino, negarán todavía que el sentenciado por ellos es el Hijo de Dios, y que por esto el sol se ha oscurecido a la muerte de El en milagroso eclipse. Pilatos no se atreverá a proclamar la inocencia de la víctima. Acallará cobardemente el grito de la propia conciencia y preguntará aún la angustiosa interrogación del escepticismo grecorromano: "¿Qué es la verdad?"—para cerrar los ojos ante ella, pues la tenía a la vista, y pronunciar la sentencia: **Arbori infelici suspendito: Que la Verdad sea crucificada.**

Es el proceso de Jesucristo por el empleado de Tiberio el que ha repetido el laicismo, cuya obra es la sociedad de nuestros días. La cristianofobia, que recogió el odio y el clamor de la plaza de Jerusalén aquella hora en que el populacho azuzado por los doctores de la ley, los escribas y los fariseos vociferaba: **Tolle, tolle, crucifige eum**, ha cumplido su deseo. Y el mundo se desquicia y tiembla desde sus cimientos como la tarde de la parasceve cuando dividióse el velo del templo y las rocas se partieron. Pero, lejos de confesar con el centurión

y los soldados de la escolta la divinidad de Aquel a cuya muerte los astros se apagan y el orbe se estremece, la sociedad educada en las universidades y plan- teles que se escandalizaron de Jesucristo y proscribieron su doctrina, se resiste a golpearse el pecho y llorar su crimen.

Dios no muere. Jesucristo resucitará para el triunfo de mañana. Es la hu- manidad laicizada la que va a desaparecer para siempre. La ciencia fabricó el puñal de la duda. Se lo clavará con mano temblorosa. Con tal de que tenga la seriedad necesaria para no mofarse de si misma repitiendo lo del emperador suicida: **Qualis artifex perit!**... ¡Qué artífice el que perecerá con la ciencia que pretendió cambiar la obra misma de la creación omnipotente!

Asistimos a la agonía de la civilización contemporánea. En un día como és- te de la Universidad Católica estará bien que meditemos en la trágica lección de la bancarrota de la ciencia atea, para bendecir la dádiva que el Dador de todo bien hizo al Perú con el establecimiento de esta alma mater de las generaciones estudiantiles.

Invoquemos antes la gracia del Espíritu Santo por medio de la salutación angélica, con aquellas palabras a cuyo ritmo la Verdad increada, el Verbo de Dios se hizo carne en las entrañas virginales de María Santísima:

#### DIOS TE SALVE MARIA.



La universidad como laboratorio de la conciencia de una época y de un país, como sismógrafo de las inquietudes y esperanzas que agitan una sociedad, como creadora de las ideas-fuerzas que determinan la marcha de un pueblo y los acontecimientos de la historia, fué fundada por Jesucristo. Desde la cumbre de una montaña de Galilea, tal vez del mismo monte de la Transfiguración, el Maestro redivivo mostró a los Apóstoles el confín de los horizontes y los cami- nos del desierto y los mares y les ordenó: "Id, enseñad a todas gentes, bauti- zadas". . . . .

Nunca se insistirá lo suficiente sobre este aspecto del milagro de la difusión del Evangelio. El mundo que debía ser enseñado y bautizado era el orgulloso mundo de la sabiduría y cultura griegas, para hablar más propiamente, la Aca- demia y el Areópago, los gramáticos de Alejandría, los juristas y oradores de Ro- ma, en suma el Capitolio, la cumbre más alta del derecho y las ciencias politi- cas, que la voluntad del César era el derecho en aquellos tiempos de absolutis- mo y el César valía tanto como el padre de los dioses venerado en aquel ado- ratorio. Y el Cristianismo del corazón de los humildes pasó a la mente de los poderosos de la aristocracia y del talento. Religión predicada por pescadores, que era como decir por esclavos, comenzó por Jerusalén, metrópoli sacerdotal y sagrada, pero también centro universitario por tantas cátedras de rabinismo y demás escuelas como existían en la capital judía los días en que la Iglesia era el grupo de los Apóstoles y fieles tomados del Espíritu de Dios y caldeados

por el fuego de Pentecostés. De allí había de seguir la marcha arrolladora a las metrópolis de occidente, hasta la Acrópolis y la Ciudad de las siete colinas.

No digáis que la apologética encuentra los argumentos que necesita. La universidad pagana, la de aquel milagro de que nos hablan los mismos que han querido borrar del vocabulario humano hasta la palabra milagro, fué conquistada por el escándalo de la cruz. Sin duda, pasaron siglos hasta que apareciera Tomás de Aquino—uno como Aristóteles bautizado en las aguas de la fuente que salta hasta la vida eterna. La escolástica ya había cultivado el huerto de Academos y arrancado las mejores rosas para la frente de la Esposa del Cantar de los cantares. Y entre los lirios de la metafísica se apacentaba el Cordero, allí en los campos latinos, recorridos ayer por los hijos de la loba.

Permitídmeme una comparación quizás demasiado realista. Según la genealogía de del Ángel de las escuelas, descendía él de aquellos marinos de epopeya los normandos, que en medio de las tempestades del océano dirigían el curso de sus naves al fulgor de los relámpagos, levantando en la diestra el cráneo de los enemigos muertos en el combate, como en brindis a la vorágine del ponto. Así se yergue a través de las edades el autor de la *Summa Theologica* y de la *Summa contra Gentes*, desafiando las tempestades, abriendo paso a la barca de Pedro entre el zigzag de los relámpagos de la herejía y del sofisma, alzando la filosofía antigua como un estandarte en la diestra que marca el rumbo de la humanidad. Y los que vamos en la nave del pescador sentimos el placer que decía Pascal: "No hay placer como el de ir en un navio batido por la borrasca, cuando se tiene la seguridad de que no se perecerá".

Y en la misma cumbre del Parnaso el Cristianismo plantó la cruz humilde y coronó la poesía con la diadema de Salomón el Magnífico. Homero fué bautizado con la luz de lo infinito en Dante Alighieri. O más bien en el autor de la Divina Comedia, drama de la eternidad como drama de Dios y el hombre, también eterno en su castigo o en su dicha, el Ciego de Meonia abrió las pupilas como el ciego del Evangelio al que Jesús curó con el barro y la saliva divina. El genio de la Hélade, el cantor de la Iliada, que había visto y cantado el palenque de Dardania, reducido al fin como palenque de una simple lucha entre guerreros y héroes mortales, vió y cantó el palenque del más allá, inmenso como que es el teatro de una epopeya tan grande como la justicia de Dios. Para cantarlo el Florentino había sobre su frente recibido la unción con el polvo del Olimpo griego y el agua del misterio cristiano.

Y esta universidad, la bautizada en el manantial que brotó del costado de Jesucristo cuando el soldado le abrió con la lanza, fué calumniada y despreciada por los fundadores de la nueva universidad. Ellos libertarían la ciencia y le infundirían el espíritu mismo del Creador. Lo han intentado por cierto en la Revolución Francesa como en la Revolución de nuestros días, ambas debidas a dos movimientos universitarios, como que la primera salió de las aulas de la Enciclopedia y la segunda de los planteles y centros que incubaron el nihilismo marxista.

Los Enciclopedistas iban a redimir la razón humana del yugo del dogma y pasearla en triunfo, derribando aquellas cárceles del pensamiento como eran los claustros de las universidades católicas. Seguidles en la generosa empresa. No re-

prochéis a los mejores catedráticos y alumnos de la nueva universidad, a los terroristas, de convertir la fina cuchilla de Guillote en la razón suprema de la autoridad y la ley, como los cañones lo habían sido de la monarquía. Sería no entender el código de la escuela, frases tan claras como la de Robespierre: "La Revolución tiene que proceder geoméricamente"—lo que significa con el compás de la guillotina. Reprochadles más bien de que también ellos hayan sido las víctimas de la geometría de la libertad.

El trono y el altar estaban derribados. El viento de París retiraba la última nube de polvo de las ruinas de la Bastilla y entre el clangor de trompetas y clarines se habían perdido las postreras palabras de Luis XVI a su pueblo. Pero ¿qué espectáculo es el que ofrece de nuevo la enorme muchedumbre, sacudida de entusiasmo como en un día de fiesta religiosa? ¿Espera tal vez la ejecución de algún otro rey? En el ambiente hay un fuerte olor a incienso. Se ven guirnaldas de flores y hasta una mujer que levanta la cabeza con una aureola. Es la diosa Razón y su culto. Su infalibilidad el Pontífice Maximiliano ha doblado la rodilla y adora a la deidad. Esperad, no os riáis del Incorruptible caído de este modo a las plantas de un ídolo. Después de un momento podréis apiadaros del infeliz histrión.

De aquella solemnidad bufa va a pasar a la tragedia del 9 de Termidor.

Le rodea el mismo pueblo que ayer aclamábale entre ditirambos y vítores. Solamente que han cambiado los gritos. Ya no saludan al sumo sacerdote. ¡Escucháis bien esas aclamaciones? ¡Muera el tirano! repiten centenares y centenares de voces. Y el de la pompa del día aquel de la inauguración de la religión del Ser Supremo no levanta ya airoso la cabeza. La tiene atada con vendas, pues quiso suicidarse. Pero el verdugo la reclamó para colocarla allí, bajo esa misma hoja de acero que cercenó tantas otras cabezas por orden de quien ahora ha caído bajo la geometría de la libertad. Ya rodó la cabeza erguida contra el cielo. La carroza fúnebre arrastra el cadáver sangrante y las turbas le insultan todavía a su paso al Pontífice. Decidme ¿valía la pena de haber roto el yugo de la Inquisición para sustituirlo con la guillotina sobre el cuello mismo de la Enciclopedia?

Profanaría este lugar santo si acaso repitiera las blasfemias de Voltaire, así fuera para refutarlas. Voltaire había lanzado desde la cátedra de su necedad sacrilega la sentencia: "Veinte años más y habremos dado cuenta del Cristo". Han pasado más de veinte años: el autor de la proclama yace en un nicho del panteón; me equivoco, ved ahí va en el tronco ensangrentado de su encarnación, Maximiliano Robespierre. ¡Cuánta falta hace la risa irónica del patriarca para alumbrar el ocaso de los liquidadores de Jesucristo y prender la lámpara mortuoria en la tumba del pensamiento libre!

Y no creáis que os refiero una historia de hace años. Como en los días del Terror, en nombre de la libertad desaparece ya hasta la sombra de ella en tantos países que renegaron del Evangelio. No es mía la observación, sino de un publicista francés. Se cuenta de un déspota del oriente que para ejecutar a un reo de categoría mandó a buscar al más hábil de los verdugos. Llegó el momento y el reo preguntaba a su ejecutor: "¿A qué hora cumplirás tu oficio?", como admirado de que tardara, el instante mismo en que al tajo del puñal vo-

laba la cabeza. ¿No es el caso de la libertad en las naciones descristianizadas por la enseñanza atea? Parece que tarda en morir. Quizás ha muerto ya y los pueblos no se han dado cuenta.

Pero la ciencia atea y las universidades laicizadas han traído al mundo el progreso por aquel su sentido práctico, más propiamente por su espíritu creador, concluyendo con las vanas especulaciones de la metafísica y ofreciendo a quienquiera la industrialización de la sabiduría, si vale la expresión. Y por la libertad económica y la holgura vale la pena de ceder todas las libertades políticas y sociales. No discutiremos. Examinad tan sólo el "milagro" marxista, para hablar como los fanáticos admiradores de la revolución inaugurada en el poder el 7 de Noviembre de 1917.

No juzguéis el comunismo por los motines sangrientos y las asonadas propias de canibales. Olvidaríais la ley de la estepa y la sádica crueldad de los lobos que despedazan por despedazar la presa de su furia y a las veces se devoran entre ellos mismos. Ni exijáis a la apocalíptica comparsa de Vladimiro Ulianov y su sucesor que se enternezca ante la ronda del hambre que desarrolla el proletariado de la dictadura de su sarcástico nombre, repitiendo el versículo intraducible del Salmo, volviéndolo gráfico como una fotografía: **Circuibunt civitatem, famem partientur ut canes**. Estudiad la obra de la ciencia creadora y omnipotente allí donde quiere ser examinada, en las usinas eléctricas y demás gigantismos de los llamados planes quinquenales.

Ciertamente, así hubieran trabajado los ciclopes. Esta empresa hubieran acometido, la de detener el curso de los grandes rios, cual si añadiéramos coger de la melena a los leones de la selva, atarlos como los leones y tigres del mitológico Baco y lanzarlos luego, convertidos en corrientes de electricidad, a través de los campos y las extensiones ilimitadas de la inmensidad rusa. Solamente que los ciclopes no hubieran apelado a la puerilidad de divulgar la fábula de que la electricidad es invento de Lenin. Y no hubieran cerrado las puertas de esas plantas con doble escolta para que los profanos no advirtieran la superchería con sólo leer en las maquinarias la marca de fábrica estadounidense.

Aunque también nosotros estamos pecando de infantilismo. No vale la pena de fijarse en detalle tan nimio como el de que las niñas y damas de la Unión Soviética se bauticen con el nombre de fulana electricidad en memoria del "milagro" menos propio del profeta. Lo triste, aún para los mismos prosélitos de la ciencia sin Dios, es que tanto aparato de energía arrebatada a la naturaleza sirva apenas para que los sabios estupendos investiguen el modo de formar nubes y descargarlas en lluvia vivificadora sobre la tierra labrancia, mientras regiones enteras y tan feraces como la Ucrania se empobrecen y tienden bajo el sol la gris monotonía de un desierto abandonado por los campesinos, que no se resignan a regar con su sudor las quintas del estado. ¡Oh cómo se entusiasma uno y querría exclamar: "¡Por aquí pasó la ciencia que ofreció transformar el mundo", a la vista del eriazó en que convirtiéndose la pradera de los trigales de oro, merced a la ciencia de las ciencias cual es la economía para el nuevo linaje del "homo economicus"!

No exageremos la elegía de los campos sin mieses. El marxismo no es principalmente sistema agrario, sino la mística profunda que debía crear la nueva

alma moscovita. Por consiguiente, visitémoslo allí donde menos se parece a los métodos científicos de la burguesía y el capitalismo, precisamente no en las universidades y planteles, que han sustituido el estudio de las humanidades por el estudio del hombre por excelencia, de Stalin, sino en los puericultorios, centros de biología y demás asilos zoológicos. No cabe hablar de hospitales y laboratorios de medicina, si la especie y sus individuos son considerados de hecho como miembros de la gran familia descubierta por el transformismo, que consiste cabalmente, no en transformar el animal en hombre, sino éste en aquél.

Por supuesto, huelga la advertencia. A las puertas de los sanatorios y demás casas donde la ciencia atea pretende descubrir hasta el secreto de la vida e industrializarlo en una fórmula de botica, dejad cualquier escrúpulo anacrónico. Los formidables técnicos de la experiencia marxista se compadecerán más bien de veros tan sensibles si les reclamáis respeto al "anima vilis" de sus ensayos, como lo son el niño y el enfermo para estos arúspices, que han reemplazado con ventaja a aquellos otros que buscaban los arcanos del porvenir en las entrañas de los pollos sagrados. Reclamadles tan sólo seriedad. Trabajan únicamente por un prurito de exhibición, para la propaganda del régimen, como podrían hacerlo los contratistas de una empresa editora que de recetas y curiosidades de almanaque. Ha resucitado el fatigoso charlatanismo de Alejandria. Así disputaban los gramáticos y críticos sobre el perfil de una letra y sobre la puntuación que debía llevar tal o cual texto clásico, mientras en derredor el humo de los sacrificios humanos cubría el resplandor de una ciencia de ociosos y desocupados y brillaba más el reflejo metálico de las lanzas y yelmos de las legiones del imperio que la gloria de una cultura de gabinete, tal como ahora fulge mucho más el ejército del Mariscal Vorochislov que todo ese ejército de "humanistas" armados del bisturí y las armas pacíficas de la ciencia.

¿Notáis? He pronunciado dos términos que en la actualidad se rechazan entre sí. La ciencia ya no es sinónima de paz, sino de guerra. ¡De pié los amigos de la ciencia atea para saludar la luz que ha creado frente a la nada y al caos del oscurantismo católico! La ciencia dijo: "¡Hágase la luz" y la luz ha sido hecha. El rojo resplandor de la dinamita y los explosivos llena el orbe. Se han abierto los pozos del abismo. El infierno vomita huracanes de pólvora y azufre. Del cielo llueve la lluvia de Sodoma y de Gomorra. Y envueltos en esta claridad pasan y pasan los escuadrones de Gog y Magog, bajo el estrépito de los cuervos de acero que vuelan en vez de la bíblica teoría de las palomas niveas. Y ya llega el Rey, el Anticristo—a quien yo llamaría último alumno de la universidad laicizada.

-----

No nos reímos del fracaso de la ciencia atea. Ofreció crear el mundo y he aquí que busca, no el punto que buscaba Arquímedes para apoyar su palanca, sino un punto donde colocar la dinamita de modo que la tierra salte en pedazos. Bendecimos a Dios por el espectáculo de su infinita justicia, que ofrece a cuantos tienen ojos para ver. La impiedad, que en nombre de la sabiduría expulsó a Jesucristo como el escándalo de la razón humana, está pagando su osadía. La

ciencia atea, no solamente ha sembrado y siembra de cadáveres los caminos de la historia, sino que ella misma va a desaparecer víctima de su estulticia. Ya la ciencia va siendo sinónima de barbarie. Ya dibuja en el horizonte aquel cuadro sublime del infierno de Dante: en medio de un vasto campo de cuerpos mutilados e informes se levanta un decapitado y en la diestra enarbola la propia cabeza chorreando sangre.

Los príncipes de la idea libre, para recordar el lenguaje del Salmista, se conjuraron contra el Ungido del Señor. Borrarian hasta su memoria de los anales de la humanidad. Un ministro blasfemo del parlamento francés llegó a clamar: "Un cadáver nos cierra el camino, el cadáver del Cristo: lo vamos a arrojar la fosa". El "enterrador" ha tiempo que fué enterrado. Hoy es la carroña de la ciencia atea la que va a ser barrida por los nuevos vándalos. Bien vengan cuando van a dejar franca la vía para el paso del Vencedor.

El Vencedor es Jesucristo. Resplandeciente de juventud como aquella mañana de la resurrección entre los rosales del huerto de José de Arimatea, se adelanta en medio del apocalipsis contemporáneo. El lo profetizó: así había de volver entre el polvo de la catástrofe, al eco de la angustia de los que han hambre y sed de justicia y repiten la plegaria del vidente de Patmos como el estampido de una catarata: **Veni, Domine Jesu.**

Triunfamos los vencidos de la fuerza. El escándalo de los sabios es el júbilo de los que no nos hemos avergonzado de El: **Et beatus quicumque non fuerit scandalizatus...** Profesores, alumnos, cuantos pertenecéis a una Universidad cuya leyenda heráldica dice: **Et lux in tenebris lucet**, ved cómo clarea esta luz en el horizonte de la patria, en las cimas de los Andes, en los valles, en las playas, hacia el mar de Balboa. Religión de las catacumbas y las aulas ensanchadas de silencio, el Catolicismo ha cuajado otra vez el diamante del porvenir en la entraña profunda de la sombra.

No os asuste el presente. Ya se perderá a lo lejos el galope de los Hunos. Bajo sus cascos hubiera perecido la razón humana como la yerba que no volvía a retoñar donde pisaba el corcel del jefe. La Iglesia la salvará como en la edad remota. Y la ciencia cristianizada será el nuevo triunfo de Jesucristo, que así se venga de sus enemigos, sobreviviéndoles, transformando el mundo que iban a destruir en el imperio de la Verdad que es El.

ASI SEA.

**María Mater Dei, memento mei.**

Terminado el Oficio Divino, las personas asistentes a la Misa fueron agasajadas con un desayuno que se sirvió en el local de la Escuela Técnica de Comercio, situado en la calle Amargura. Luego, la concurrencia se trasladó a los patios del Colegio de la Recoleta, lugar en el que, a partir de las 11 a.m., se realizaron diversos eventos deportivos, jugándose un match de volley-ball entre dos equipos femeninos de la Escuela de Pedagogía.



---

En el mismo local se sirvió a la una de la tarde, el almuerzo de confraternidad universitaria, al cual asistieron el Rector, las autoridades del claustro, los catedráticos y profesores de las distintas facultades y un crecido número de alumnos. El almuerzo transcurrió en medio del mayor entusiasmo y, en los postres, a pedido del alumnado, hicieron uso de la palabra el R. P. Jorge Dintilhac, Rector de la Universidad, el Dr. José Félix Aramburū, catedrático de Derecho Romano, el Dr. Carlos Arenas Loayza, catedrático de Derecho Civil y el Dr. Raúl Ferrero Rebagliati, catedrático de Historia General, siendo muy aplaudidos. La fiesta terminó alrededor de las tres de la tarde.

En la noche, por gentileza de la Radio Internacional, se realizó una actuación en su estudio, en la que tomaron parte prestigiosos elementos de la Universidad. La transmisión se realizó entre las 8.45 y las 9 p. m., en ondas corta y larga.